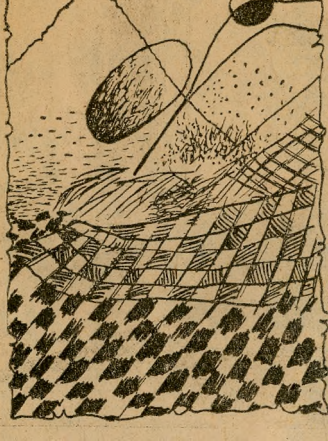


Mayo 14/67  
(Domingo)

# Exposiciones en Bogotá

Por Jorge Moreno Clavijo.



*Nemesio Antúnez.* — Diez años han pasado desde que el chileno Nemesio Antúnez comenzó a pintar sus manteles a cuadros. En las salas santiaguinas, donde el pintor ha sido estimado y valorado desde un principio, empezaron a llamar la atención esas telas, con el rojo predominante sobre los otros tons, donde los trocitos se repetían interminablemente. Después, la obsesión geométrica fue aumentando y de los manteles pasó a los temas ecuménicos, en un proceso de años que parece tener su culminación en la muestra que actualmente cuelga de los muros de la sala Luis Angel Arango.

Antúnez es ahora funcionario diplomático con sede en USA. Ha expuesto en Europa y se le considera un pintor de nombradía entre la lista latinoamericana. Es de los grandes. En el catálogo, su paisano Neruda hace un encendido elogio de su labor. Un elogio poético que no entra a analizar —y entre otras cosas no tendría por qué— las calidades puramente pictóricas de su coterráneo. Se trataba apenas de poner una firma de renombre continental al pie de unas frases emocionadas que salen para alabar la obra de un amigo.

Los elementos que maneja Nemesio en el trazo formal, en la plana del dibujo, no son numerosos. En rigor, son los mismos que bajo sus manos han alcanzado una rara ductilidad en 10 años de constante manoseo. El cuadrado va y viene. Ya en los primeros planos, ya esfumado en la lejanía. Pero es hoy el expediente para traducir emociones, para dejar en lenguaje plástico cuanto le ha sugerido "la loca geografía" de su "larga y angosta faja" y los fenómenos de todo orden que le han impresionado en el minucioso paso de su peregrinar americano.

Pero es en el color donde radica la gran conquista de Antúnez, donde está la maestría de su pulso, el gusto para resolver las superficies que atraen, que subyugan desde la distancia. Hay allí vivencias, expresiones cabales, que denuncian a un artista en la plena posesión de todos sus recursos de taller, de toda su "cocina" esencial. Es la suya una posición razanadora que le ha permitido el desplazamiento lento por una zona que bordea la abstracción, que a base de análisis ha podido llegar a representaciones no trilladas —moliendo las cosas que todo el mundo ve y palpa— para marcar una tendencia claramente "antunezca", y valga el término.

Qué lejos ha quedado esos colores castigados, esa materia trabajada de los primeros manteles. Hoy arriba a unas transparencias de rico contenido, reflejos deslumbrantes, donde cada color tiene la oportunidad de brindar sus posibilidades íntegras. Porque el artista no utiliza paleta sino que los colores van pasando directamente del tubo a la tela. Queda una duda sobre los fondos, pues parece que en ocasiones la pistola de aire ha hecho su aparición. En todo caso sensibilidad y calidad hay allí.